

dió: "Yo os aseguro que si ellos callasen, las piedras mismas clamarian." (*Lapides clamabunt.*)

Este espléndido testimonio de los sentimientos populares, esta brillante ovacion de la multitud les desconcertó, y unos á otros se decian: "Ya veis que no ganamos nada; que todos le siguen; si le dejamos correr su suerte, todo el mundo creará en él; y los romanos vendrán y destruirán nuestra ciudad y nuestra nacion." Entonces Caifás se levanta en medio de ellos y profetiza como gran sacerdote *que era ventajoso y conveniente que un solo hombre muriese por el pueblo, y la nacion.* Desde este dia no pensaron ya sino en hacer entregar á Jesus á la muerte.

Espectador inquieto de los sucesos que obtenia su enemigo y de los estragos que causaba en su imperio, Satanás juzgó que era tiempo de intervenir en una lucha que por momentos se hacia mas desigual y temible, prestando una mano fuerte á los que combatian en favor de su causa. Ya habia querido acribillar á los apóstoles como se criba el trigo, y Jesus le vió caer sobre ellos sulcando el cielo como un relámpago; ya habia procurado apoderarse y servirse de la persona de Pedro á quien no encontró muy dócil á sus inspiraciones; pero esta vez sus esfuerzos fueron mas dichosos: introdujose en Júdas Iscariote, y logró inspirar á su corazon el traidor designio de entregar á su Maestro.

Entretanto, sintiendo Jesus que su hora se acercaba, se conturbó su espíritu y dijo abiertamente á sus discípulos: "En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar. ¡Padre mio; libradme de esta hora! Pero si es para esto para lo que he venido, ¡Padre mio, glorificad vuestro nombre!" Volviéndose luego hácia Júdas: "Haced pronto, le dijo, lo que teneis que hacer." Júdas salió: y Jesus se dirigió de nuevo á sus discípulos consternados; y despues de haberles dejado en su testamento su cuerpo y su sangre como prendas de un amor inefable, se despidió de ellos tiernamente. En seguida se dirigió en su compañía mas allá del

torrente de Cedron en el jardin de los Olivos, y comenzó á entristecerse y á sentir el corazon comprimido por una profunda afliccion. "Mi alma, exclamó, está triste hasta la muerte. Padre mio, si es posible, que se aleje de mí este cáliz; pero si no, hágase vuestra voluntad y no la mia." En estas angustias de una agonía inesplicable, vínole un sudor como de gotas de sangre que corrian hasta la tierra. Fué necesario que un ángel descendiese del cielo para sostenerlo y confortarlo; porque resumiendo en él á la humanidad entera, cargado de todas sus miserias y de todos sus dolores, iba á sostener el combate supremo contra su eterno enemigo, y á oponerse como un escudo á los golpes redoblados que se preparaba á descargar sobre él.

Impulsado Judas por la infernal inspiracion, fué á buscar á los príncipes de los sacerdotes, á los cuales vendió á su Maestro por treinta monedas de plata, prometiéndoles procurar desde luego la ocasion de entregárselos. En efecto, acompañado de una cohorte de diversas gentes armadas, y que llevaban hachas y linternas, llega al lugar donde estaba Jesus, y dirigiéndose á él con los brazos abiertos, le designa á su comitiva por medio de un ósculo pérfido. Jesus se deja coger y aprisionar sin oponer la menor resistencia. "Vuelve tu espada á la vaina, dice á Pedro que habia herido al criado del pontífice, porque el que con el hierro se defiende, por el hierro perecerá." Despues, volviéndose á los que habian venido para prenderle, se contentó con dirigirles estas palabras llenas de la mas noble dignidad: "Vosotros habeis venido á mí con espadas y palos, como si fuese un salteador. Yo, sin embargo, estaba con vosotros todos los dias en el templo, y no habeis puesto sobre mí la mano. Pero esta es vuestra hora, *la hora del poder de las tinieblas.*"

¡Siglos, estad atentos! Un acto el mas solemne va á cumplirse: un Dios va á inmolarse á la vista de un Dios; y la humanidad, rescatada por esta expiacion divina, entrará al fin en la senda de la regeneracion.

Jesús atado fuertemente por las manos impías que había armado el traidor discípulo, es conducido á casa de Anás y á la del gran sacerdote Caifás: se le arrastra de un tribunal á otro tribunal; de Pilato á Herodes, de Herodes á Pilato; todos sus discípulos le abandonan; Pedro, el primero de ellos, no vacila en renegar de su Maestro tres veces; los criados de los sacerdotes le abofetean, los soldados le escupen el rostro, le revisten con las insignias de la locura, le dan de palos, le azotan atado á una columna, le ciñen las sienes con una corona de punzantes espinas; le colman de injurias, de ultrajes, de sangrientas burlas. “Cristo, le dicen despues de haberle vendado los ojos, adivina, quién te ha herido!” A todos estos indignos tratamientos no opone sino el silencio de una paciencia celestial.

Entretanto el gran sacerdote le interroga de esta manera: “Yo os ordeno de parte de Dios vivo, nos digais si sois el Cristo hijo de Dios.” Jesús le respondió: “Ya lo habeis dicho; y yo os declaro que un dia veréis al Hijo del Hombre sentado á la diestra de la majestad de Dios, descendiendo sobre las nubes del cielo.”—“¡Ha blasfemado! esclama colérico el gran sacerdote; vosotros habeis oido la blasfemia.”—Y todos esclaman como él: “¡ha blasfemado! merece la muerte.”—Algunos falsos testigos, reclutados con mucho trabajo, son introducidos entonces y le acusan á su turno: “Este hombre ha dicho: ‘Yo puedo destruir el templo de Dios, y reconstruirlo en tres dias.’” Jesús guardó silencio.

Pero solo Poncio-Pilato, gobernador de los romanos, podia condenarlo á muerte. Levantándose toda la asamblea le conduce ante su tribunal. “¿De qué crimen acusais á este hombre?” dice el magistrado romano, que sabia ya que era la envidia de aquellos la que lo entregaba.—“Si no fuese un malvado nosotros no le acusariamos: subleva al pueblo con sus doctrinas, prohíbe pagar el tributo al César llamándose *rey*, y diciendo que *es el Cristo*.”—Pilato se dirigió á Jesús: “¿Sois en efecto rey?”—Jesús replicó: “Ya lo

habeis dicho: *yo soy rey*, pero mi reino no es de este mundo. Yo, sin embargo, he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Cualquiera que quiere la verdad, escucha mi voz.”—“¿Cuál es esta verdad? repone el juez como aturdido de estas divinas palabras; y sin esperar la interesante respuesta se vuelve á los judíos y les dice: Yo he interrogado á este hombre, y no le encuentro culpable de ninguno de los crímenes de que le acusais; yo le dejaria libre despues de haberle impuesto algun castigo.” Pero no podia bastar al furor de los judíos esta ilusoria satisfaccion, y persistieron por lo mismo en pedir la muerte para Jesús. En este momento la mujer de Pilato le envió á decir: “No tomeis parte alguna en el negocio contra ese Justo, porque yo he sufrido mucho hoy en un sueño con este motivo.” Asustado, y convencido asimismo de la mala fé de los judíos, no menos que de la inocencia del acusado, Pilato, que habria querido arrancarlo de sus manos, entabló con ellos este extraño diálogo, en el cual no se sabe qué cosa sea mas abominable, si la inicua debilidad del juez, ó el odio ciego y sanguinario de la nacion ingrata, sobre quien pesaba la sangre de todos los justos que le habian sido enviados.

“Es costumbre entre vosotros, dijo Pilato, que os conceda en la fiesta de la Pascua la libertad de un criminal: ¿cuál queréis, pues, que os entregue libre, Jesús, que se llama el Cristo, ó Barrabás?” (¡y este Barrabás era un ladrón, un sedicioso y un asesino!) Todo el pueblo, obedeciendo la inspiracion de los senadores y de los príncipes de los sacerdotes, se puso á gritar: “Haced morir á ese y soltadnos á Barrabás.—¿Qué haré yo, pues, con Jesús?—¿Que muera, que sea crucificado!—¿Pero qué mal ha hecho? yo no encuentro en él nada que merezca la muerte.—¿Que muera, que sea crucificado! Si librais á ese hombre no sois amigo del César, porque cualquiera que *se hace pasar por rey* se declara contra el César.—Tomadlo y crucificadle vosotros, porque yo no lo encuentro culpable.—Nosotros tenemos una ley, y segun

esta ley debe morir, porque se hace pasar por el Hijo de Dios. ¡Crucifícadle! ¡crucifícadle! — ¡Cómo! ¿queréis que yo haga crucificar á *vuestro rey*?—Nosotros no tenemos otro rey que el César.—Pero en fin, este es un hombre: héle ahí manando ya en sangre por la flagelación, coronado de espinas, cubiertas las espaldas con un ridículo manto de púrpura.— ¡Que muera, que muera! ¡A la cruz! ¡á la cruz!”

Hizo el juez traer agua, y díjoles entonces: “Yo me lavo delante de vosotros las manos de la sangre de este Justo: ahora este es negocio vuestro.— ¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!”

¿Estaban también entre esta multitud furiosa los enfermos que había curado, los ciegos que había hecho ver, los sordos que había hecho oír, los mudos que había hecho hablar, los muertos á quienes había abierto el sepulcro? ¿Vociferaban ellos también ese voto deicida, que Dios escucha sin piedad hace diez y ocho siglos?

El cobarde gobernador de la Judea cedió: libertó á Barabás el asesino, y les abandonó á Jesús para ser crucificado.

Así es, según lo habían anunciado los profetas, cómo fué recibido entre los suyos aquel que se dió por el Hijo de Dios, el Mesías esperado, el Redentor del mundo; Verbo Eterno según San Juan, por quien todas las cosas han sido hechas; que San Pablo llama el heredero de todas las cosas, el esplendor de la gloria del Padre, y el carácter de su substancia; ese Jesús, Hijo del Hombre, que hizo relucir en su vida mortal una pureza, una sabiduría, una santidad divinas; cuyas palabras elevadas y llenas de gracia sembraban en los espíritus una doctrina regeneradora y esparcían en los corazones los más dulces consuelos; que pasó sobre la tierra haciendo el bien, buscando á los enfermos para curarlos, á los pecadores para salvarlos, á los pobres para sacarlos de su abyección; no usando de su poder sobrenatural sino para aliviar los sufrimientos de los hombres; dulce, humilde de co-

razón, paciente, sabio y modesto; no teniendo ni aun donde reposar su cabeza, aunque hubiera podido poseer todos los tronos de la tierra; lleno de una misericordiosa indulgencia dejando á la pecadora abrazarle los pies; conversando familiarmente con la mujer de Samaria, y devolviendo perdonada á la esposa culpable que se le había conducido para que la condenase; animado de una ternura tan afectuosa y tan sensible, que deja á su discípulo reclinar la cabeza sobre su pecho; que se conmueve por todos los dolores; que tiembla él mismo y vierte lágrimas al saber la muerte de su amigo Lázaro; que deplora con amargura las desgracias de su ingrata patria, de la ciudad pérfida que le entrega á la muerte más cruel en recompensa de sus beneficios. “¡Jerusalem! ¡Jerusalem! esclamaba, cuántas veces he querido reunir á tus hijos como un pájaro reúne á sus hijuelos bajo sus alas, y tú no has querido! ¡Hijas de Jerusalem, no lloréis sobre mí sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos!”

Todo se sostiene en su persona, dice Bossuet; su vida, su doctrina, sus milagros. La misma verdad brilla en todas sus acciones; todo concurre á hacer ver en Él al Señor del género humano y el modelo de toda perfección. Él anuncia altos misterios, pero da al mismo tiempo grandes luces, grandes ejemplos y grandes gracias. Él solo viviendo en medio de los hombres y á la vista de todo el mundo, ha podido decir sin temor de ser desmentido: “¿Quién de vosotros me reprenderá de pecado?”¹

Aun la moderna filosofía no ha podido rehusarle su admiración, ni dejar de tributarle este pomposo homenaje: “¿Se puede creer, dice Rousseau, que el que es objeto de la historia del Evangelio no sea más que un hombre? ¿Se vé allí el tono de un entusiasta y ambicioso sectario?... ¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres! ¡qué elevación en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué presencia de espíritu, qué delicadeza y qué justicia en sus

1 “Discurso sobre la Historia universal.”

respuestas! ¡qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentacion? ¿Dónde Jesus habia tomado entre los suyos esa moral tan elevada y pura de que él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Desde el seno del mas furioso fanatismo se hace oír la mas alta sabiduría, y la sencillez de las virtudes mas heróicas honra al mas vil de todos los pueblos.¹

CAPITULO VIII.

—
Con este signo venceras.

El infierno aplaudia: los ecos de los eternos abismos resonaban con los cantos de victoria. Satanás tenia en fin bajo su poder al enemigo que le habia hecho temblar un momento, y sentia que en lo de adelante no podria escapársele.

Jesus subia con penoso trabajo la montaña del Calvario, que va regando con su sangre; sucumbe bajo la pesada cruz que carga sobre sus espaldas, pero no marchará menos con ayuda del cirineo al lugar de su suplicio. Allí se le despoja de sus vestiduras que se habian pegado á sus llagas; se le clavan los piés y las manos sobre una cruz; se le levanta de la tierra y queda suspendido de sus dolorosas heridas. En torno suyo se agita un populacho ebrio de furor, prodigándole sin piedad todo género de ultrajes y de amargas burlas. “Tú que has salvado á otros, tú que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo!” “Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz y creémos en tu doctrina.” “Has puesto tu confianza en Dios, pues

¹ “Emilio.”

que él te salve!—“Tengo sed, dijo Jesus, abrasado por la fiebre de una horrible agonía, y un soldado inhumano le presenta al extremo de un palo una esponja empapada en hiel y vinagre. “¡Dios mio! ¡Dios mio! esclama en medio de sus angustias, ¿por qué me habeis abandonado?” Y este grito de extrema aficcion no es acogido sino con una bárbara ironía: “Llama á Elías; esperad; veamos si Elías viene á libertarlo!” Hasta uno de los dos malvados entre quienes estaba crucificado, se creyó con el derecho de colmarlo de injurias. Escuchad, sin embargo, al divino ajusticiado; no salen de su boca sino palabras de misericordia: “Padre mio, perdónales porque no saben lo que hacen.” Y luego volviéndose hácia el ladron arrepentido, añadió: “Os aseguro que hoy estaréis conmigo en el paraiso.” Tres mujeres rodeaban su cruz; una de ellas era su Madre! Jesus olvida sus sufrimientos para no ver sino los de esta Madre desolada. A fin de fortalecer su alma desfallecida: “Mujer, le dice con ternura, indicándole al mas jóven y querido de sus discípulos, hé ahí á tu hijo; y dirigiéndose luego al discípulo, completó su pensamiento diciéndole: Hijo, hé ahí á tu Madre.” Despues de esto, mirando en las profecías, segun la espresion de Bossuet, y considerando que todo estaba cumplido, el Dios-Hombre arrojó un gran grito, diciendo: “*¡Todo está consumado!*—Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.” É inclinando la cabeza, espiró.

En esos dias, llamados justamente la gran semana, no oimos nunca al sacerdote repetir en el canto de la pasion esta exclamacion de Jesus moribundo, sin que en medio del silencio solemne que sigue á ella, no sintamos un largo estremecimiento recorrer nuestro cuerpo, y un secreto terror apoderarse de nuestra alma. Y tú, ¡oh tierra! ¿por qué tiemblas tambien? ¿Por qué, ¡oh sol! te cubres con un crespon sangriento? ¿Velo del templo! ¿qué mano invisible te desgarras? ¿Quién os impulsa, ¡oh muertos! á romper las losas de vuestros sepulcros? Y vosotros, bárbaros verdugos, ¿por qué os